

— El cielo está bajando —dijo apreciativamente Laura, mirando las estrellas perpetuas, que en realidad parecían más cercanas.

— No dejes que pase de largo —contestó papá— Esa es Orión —y empezó a contar que era un cazador gigantesco y todo lo demás.

—Te mandé un mensaje en un globo —me susurró mientras tanto Miguel.

— A lo mejor yo también —respondí de manera casi inaudible.

— A lo mejor se fue en el mismo globo. ¿Para cuándo era el mensaje?

— No lo sé. ¿Y el tuyo?

— Para ahora. Para siempre —dijo mirando hacia adelante.

Me callé. Tal vez debí haber dicho: «El mío era para mucho después, para cuando seas otro y otro, hasta el final. Cuando seas Valerio, cuando seas todos, aunque te vayas primero».

Cuando llegamos ya estaba Papá Noel junto al árbol, esperando, con una enorme bolsa de arpillera de la que asomaban algunos paquetes.

Desfilamos para saludarlo. La barba blanca y el bigote parecían de algodón, no sólo por el color, sino por la blandura y la suavidad que sentí cuando me besó. Tuve la impresión de que María de las Nieves era excesivamente cariñosa y secreteadora con ese anciano que al fin de cuentas era un desconocido, por más que se molestara en venir desde muy lejos, y con regalos, por si fuera poco. También me extrañó que hubiera tantas risas casi incontenibles para recibirlo. ¿No le parecería una burla? Pero no, porque sus ojos pardos también eran sonrientes y las dos veces en que intentó hablar me pareció que convertía una carcajada en una tos, hasta que arrancó, con una voz muy alta, gangosa y entrecortada, voz de resfrío o voz de alguien a quien le están apretando con un broche la nariz.

— Vengo desde muy lejos y a pie, porque no había nieve para pasar con mi trineo. Tuve que dejar los renos en la casa del Sombrerero Loco para que sirvieran por lo menos para colgar los sombreros. Y las botas me aprietan, las medias me dan calor, las barbas me pican, los bigotes también, y odio este traje colorado y soy pobre y soy viejo y estoy enfermo y tengo sed y tengo hambre y me voy a sentar, aunque nadie me invite. Estoy muy cansado. Tengo hasta las orejas cansadas —y cayó desplomado en una silla, junto a la mesa. Yo nunca había oído a nadie tan quejoso y necesitado.

¿Y este era el Papá Noël que venía a distribuir regalos? Le alcanzaron una copa de *champagne* y un plato con torta y helado. Pero él se acodó en la mesa, bostezó, puso la frente entre las manos, cerró los ojos y roncó ruidosamente.

Todos reían en distintas escalas, en distintos tonos, como en caídas de agua sobre peldaños. Comentaban y festejaban cuchicheando interminablemente

por encima del ronco gorgoteo. ¿Música celestial ese monótono graznido amordazado? ¿Zumbido de abejorro aletargado en el rayo del sol? ¿Ninguna unción como la de los Reyes Magos? No hay más que sonora irisación, una turbulencia hecha por millares de maripositas doradas que giran y giran en el espacio en blanco, igual que en una ráfaga de plumas, una ráfaga viajera que flota y ondea y se va como una mano blanda, como una gasa arrastrando hacia las nubes la levisima carroza de la fiesta. Ahora da un barquinazo y se desliza rampa abajo, suave, suave, otro barquinazo y cae. «Se va a caer», ¿quién dijo? No, soy yo que me estoy durmiendo.

— Sí, sí —digo sobresaltada abriendo los ojos. Nunca estuve levantada hasta esta hora.

Todos me están mirando, con sonrisa, con asombro, con reproche, con muecas significativas ¿de qué?, con caras de sordomudos en el borde de un pozo y yo en lo hondo. También sonrió como sordomuda, confundida.

— Lía, ¿no oyes?, que vengas. Vamos a repartir los regalos —dice Laura que está de pie junto a Papá Noel, mientras éste saca paquetes de la bolsa.

Me acerqué torpemente, casi trastabillando, apoyándome en la parte de atrás de las sillas, como si saliera del agua y la tierra no fuera mi elemento natural.

— Conque durmiendo, ¿eh?, durmiendo en lugar de practicar caligrafía inglesa o las tablas de multiplicar o por lo menos algún idioma, aunque sea el lenguaje de las flores —dijo severamente el anciano con su más agudo tono nasal.

— Ella aprende dormida —replicó instantáneamente Laura—. Las dos vamos juntas, dormidas, a las clases de las palomas y a las de las abejas.

— ¡Ah sí? ¿Y qué han aprendido?

— Cuando estamos despiertas no lo sabemos —contesté rápidamente.

— Bueno, pero cuando sean grandes van a ser mensajeras o apicultoras, ¿verdad? ¿O qué van a ser?

— Moscas —proclamó estentóreamente Laura, sin vacilar, porque hacía tiempo que habíamos decidido contestar así a tan reiterada y tonta pregunta.

Pareció un poco sorprendido. Se oyó alguna carcajada y algún murmullo de reprobación.

— ¿Moscas? ¿Tú también? —y me escudriñó a fondo.

— Sí, moscas —aseguré con firmeza—. Somos hermanas, ¿no? Vamos a ser moscas argentinas.

— ¡Ah! Si es para servir al país, está muy bien. Podrán ver hacia adelante y hacia atrás —decretó encomiásticamente.

Nos entregó en seguida algunos paquetes. Cada uno tenía una preciosa tarjetita ilustrada y un espacio blanco donde había escrito un nombre. Fui-

mos y volvimos hasta terminar con todos, mientras él hacía sonar una pequeña campana exclamando «Para cada uno de acuerdo con sus méritos y sus necesidades». Cada uno, en cuanto veía lo que le había correspondido, se interesaba por lo ajeno, tal vez para comparar premios y apremios. Se oía un creciente rumor formado por voces destempladas: decepción, azoramiento, protesta, estupor, incredulidad, diversión. Mientras daba vueltas por todos los costados a la piedra gris que tenía en la mano, vi alrededor de los desconcertados poseedores de un puñado de semillas, una rama, una caja vacía, una pluma de gallo, unos granos de sal, un hueso, un carretel, un guante usado, un resorte, un ladrillo, una rosa seca. Esta había sido destinada a María de las Nieves, y provocaba en ella no sólo una expresión de tierna añoranza, sino que iluminaba y hacía florecer todo el porvenir, por lo que yo podía advertir. ¿No vi los rasguños, la sofocación por exceso de celo? Pero ¿por qué no interpretaban los regalos todos los demás? Este reparto «de acuerdo con los méritos y las necesidades de cada uno» tenía que tener algún sentido. Había que buscarle a cada don su significado especial. Y la piedra era mi apoyo y mi respuesta, tal vez. No sólo porque en algún momento clamaré con Rilke «¿Quién si yo gritara me escucharía desde los órdenes angélicos?» y «¿Somos en verdad tan angustiosamente frágiles como el destino se empeña en hacérselo creer?», sino porque será mi testigo, invariable en apariencia, el que guardará uno por uno los golpes y las fundaciones, la duración y la mudanza en cerrado misterio, y será mi cargado talismán y mi promesa de eternidad, también. Laura, no te aflijas por tus granos de sal: es tu esencia misma, la que pondrás en todo cuanto toques, y si la observas bien verás pasar por cada grano todo el universo, aunque no sepas que Blake dijo alguna vez algo semejante. Ten cuidado con ese guante usado, Miguel, que no se te pegue en la mano: tu caricia será sólo tuya, terminará en tu piel para tu solo goce, confundida con miles de caricias que te parecerán iguales, casi anónimas, pues ese guante borrará debajo de tu nombre el nombre de quien reciba tu caricia. Por favor, no mires con tanto desdén esa caja vacía, tía Adelaida, ya que en ella podrán caber todos los fantasmas, todos los recuerdos de tus siete novios muertos, hasta que llegue Reynaldo y la desarme y la arme del revés y la selle, para que en adelante esa caja sea afuera y no adentro, de acuerdo con sus leyes. Haces bien en mirar con tanta atención ese resorte, porque todo movimiento de expansión lleva a una contracción, y la elasticidad que tienes para el mal te obligará a retroceder, Luis María ¿A qué? ¿Adónde? No lo sé, no lo supe, porque desde el fondo del pasado, sobre el ondulante rumor de tantas voces, se elevó la cresta de una sola, áspera, extraña, cavernosa.

— Buenas noches, terrestres.

Me volví y allí estaba, vestido igual que el otro, sólo que su traje rojo era de papel y su barba, sus bigotes y su pelo, desordenados, eran negros, como de estopa embetunada. Sí, otro Papá Noel, pálido y desencajado. Miraba furioso a su semejante y comenzó a lanzarle palabras casi inaudibles que se ahogaban en acíbar y vinagre o se enredaban en retintas y cerradas espesuras, dejando en el aire la huella de un graznido.

— ¡Sinvergüenza! ¡Impostor! ¡Farsante! ¡Otra vez! ¡Ah, *La forza del destino!* Hasta aquí, la mala sombra. Pero no será. Esta vez, ¡no! —este «no» fue un cuchillo herrumbrado que se clavó en el cielo raso.

Papá se había levantado de su silla. Nuestro Papá Noel, que se había puesto también de pie, le hacía señas de que se calmara, mientras trataba de persuadir al otro:

— Pero no, tranquilícese. Aquí hay un error —con paciencia, pero con firmeza— ¡No, no, no! —como si con eso tachara el borbotón de inculpaciones, como si las cancelara con la «o» de este «no» y aspirara hacia abajo el cuchillo lanzado por el otro.

Los demás nos habíamos quedado en suspenso, inmóviles. Semejábamos formar parte de otro cuadro de *La bella durmiente*, de *La comida de bodas*, por ejemplo, interrumpida de pronto por un nuevo mal augurio que obligara a dormir otros cien años para contrarrestarlo.

— Ohhhhh —decía tía Adelaida, sin soltar ni hacer desaparecer la cereza que tenía entre los labios.

— ¡Qué suerte! Habrá otra vuelta de regalos, y a lo mejor estos son los verdaderos —se entusiasmó y palmoteó Laura.

— El regalo es este, ¡canalla! —bramó el recién llegado y avanzó hacia el otro mostrándole el puño cerrado y arrojándole un rayo por los ojos.

No lo calmaron. Lo sometieron porque eran dos y eran más fuertes, pero se debatió heroicamente con piernas, brazos, manos, rodillas, codos, pies y palabras insultantes propinadas como cachetadas. Era elástico, plegable, saltarín, escurridizo, puntiagudo e impenetrable como un insecto increíble. Quedó reducido al más impotente y hondo resentimiento, en el lugar donde lo presentaron. Contra el otro, yo había apostado a él aunque perdiera, porque había apostado a que perdería el mejor.

Supongo que todos habíamos sospechado quién era. Ahora no lo ignoraba ni Mariana. El traje de papel desgarrado, el bigote y la barba fuera de lugar, las mandíbulas apretadas, los ojos fulgurantes y la gesticulación exagerada no lograban hacer de él una figura cómica, ni siquiera para los tontos. Había demasiada combustión interior, demasiado fuego sombrío apenas sofocado por la flacura de la carne y la exigua jaula de los huesos para provocar diversión. ¿Acaso puede causar hilaridad una antorcha humana? Sí, eso era, sólo que hacia adentro.

— ¿Qué le pasa? Cuénteme qué le pasa. Esta es una casa de gentes honorables y yo estoy aquí de paso, cumpliendo con una misión de orden superior, cuando usted irrumpe como una catástrofe, como una demolición, y me insulta y me amenaza —decía meliflua y conciliadoramente el otro, porque para mí había dejado hacía rato de ser el «nuestro», por que el «nuestro» era ahora nuestro Nanni, el delirante huésped de la abuela, el cantor frustrado que vivía en el altillo de nuestro granero.

Este Papá Noel saltaba en ese momento de su silla y esgrimía un papel ajado que todos conocíamos y que el otro no podría ni siquiera descifrar mientras se lo acercaba a los ojos frenéticamente, como si lo fuera a enmascarar.

— Aquí está el contrato. ¿Ve? Que vengan todos y vean, que vengan los pájaros del bosque, también. Lea: Nanni Fittipaldi: tenor y actor principal, todos los papeles. Opera de Viareggio. Tutti, tutti, todos los papeles, e per sempre. ¿Comprende?

Continuó agitando el papel, pero bajó un poco el brazo, que el otro sujetó.

— Sí, sí. ¿No se lo dije? Hay un error. Un lamentable error. Usted tiene razón. Si aquí dice «Todos los papeles», también es suyo el de Papá Noel. Mi zona no es esta. Está claro. Voy a averiguar para el próximo año. Quedamos amigos, ¿no? —y le tendió la mano.

— Amici, amici —dijo con grandes dudas Nanni, balanceando la cabeza y dándole la mano con reticencia.

Papá le alcanzó su copa de *champagne*. Mamá le puso delante su plato con torta y helado, y todas las copas se colmaron para un nuevo brindis.

— Avanti, principinas —ordenó el nuevo Papá Noel y nos señaló con el índice a Laura y a mí.

Avanzamos otra vez. Recibimos de manos de Nanni los nuevos paquetes, los verdaderos, por lo que pude ver a medida que se abrían. Adornos, prendas de vestir, juguetes, libros y fulgores. Sólo cuando me quedó en la mano una caja «Para Daniel», advertí que éste no había estado entre nosotros desde la llegada del primer Papá Noel, que acababa también de desaparecer. Entendí quién era el secreto autor de todo ese manejo.

Mientras alzaba mi copa de naranjada vi a mamá de pie, frente a la ventana abierta, con su copa levantada hacia el cielo, así, como he brindado yo después, año tras año, con todos los que estaban en aquella lejana Nochebuena, como brindo contigo, Valerio, con la certeza de encontrar tu copa a través del inmenso firmamento que tiembla, tan frío, y sin embargo constelado por la presencia de la ausencia y mis lágrimas se confunden con las burbujas y me parece que suben y suben y nos humedecen las mejillas.

Olga Orozco